

JULIÁN HERROJO, *Caná de Galilea y su localización. Un examen crítico de las fuentes* (Paris, Gabalda, 1999) 147 pp. ISBN 2-85021-118-4.

Hace más de tres siglos y medio que, sobre todo en ambiente católico, a la localidad de Kafr Kanna, al NE de Nazaret, se le viene atribuyendo la identificación con la "Caná de Galilea" que sirvió de escenario a tres perícopas de Jn (2,1-11; 4,46-54; 21,22). Esta identificación tiene unas fechas importantes: en 1621, Louis Des Hayes, barón de Courmenin, enviado por el rey de Francia Luis XIII como embajador a Galilea, en su diario, publicado poco después, sembró la duda sobre la localización de la que se tenía tradicionalmente como la Caná evangélica atribuyendo su identificación a la localidad de Kafr Kanna (cf. pp. 109-110). Veinte años más tarde, en 1641, esta duda comenzaba a tomarse más en serio: la Custodia franciscana de Tierra Santa compró aquel terreno, en el que se construyó más tarde, en 1881, la iglesia actual sobre el emplazamiento de lo que se creía que fuese la que había edificado Sta. Elena. Se rompía de este modo, casi por completo, con la milenaria tradición cristiana, contenida en las fuentes literarias, que atribuía la localización de la villa evangélica a las ruinas del Khirbet Qana, en el valle El-Battof (en árabe) o Bet Netofa (en hebreo).

Así, a partir del s. XVII, la identificación del lugar repetidamente se ha puesto en duda, adquiriendo adeptos tanto a favor de Kafr Kanna, entre cuyos promotores se destacan B. Bagatti y E. Testa, como a favor de Kh. Qana, que también ha contado con autorizados exponentes, como E. Robinson y E. Smith, W.F. Albright, G. Dalman, F.-M. Abel y C. Kopp.

A esto también podría añadirse la propuesta, menos probable, de otro lugar: Qana del Líbano, en la proximidades de Tiro, que más bien debe identificarse con la Caná de Josué 19,28 TM (= *Kanqa*, n LXX), como comúnmente se admite hoy día.

Ante estas tres localidades, y sus respectivas propuestas por parte de los estudiosos, se enfrenta el autor en una detenida investigación sistemática, no hecha hasta el momento, basada en el análisis de una extraordinaria recopilación de fuentes literarias, entre las que sobresale una inmensa cantidad de itinerarios —sesenta en total— de peregrinos que visitaron y describieron el lugar que la tradición tenía por Caná de Galilea.

Hay que resaltar en esta investigación el criterio metodológico, conducido con un afinado juicio sobre los datos y una sensata hermenéutica, fundamental para esclarecer los motivos en que se basa cada tradición o propuesta, y que el autor hace pasar por el tamiz de varios criterios: ponderación de la autoridad o credibilidad que merece el itinerario; orden seguido en el recorrido geográfico que describen los peregrinos; correlación de datos a partir de las descripciones que no ofrecen dudas en su localización; crítica de las identificaciones con relación a grados de probabilidad; y, por último, la interpretación de la distancia dada en los itinerarios, un criterio cuya importancia merece que aquí se destaque, pues habiendo sido este recurso el único prácticamente utilizado hasta ahora, "está viciado de por sí, ya que ningún peregrino, ni del pasado ni de nuestros días, camina con una rueda de medir o un podómetro, y sus cálculos están hechos simplemente *grosso modo*, determinados, además, por la mejor o peor capacidad natural para estas apreciaciones, y en función

del tiempo invertido y la dificultad de la orografía” (p. 15). Una afirmación, ésta, no gratuita del autor, quien verifica, de modo convincente, cómo los autores modernos, desde finales del s. XIX, han propuesto divergentes distancias entre Nazaret y Kafr Kanna, que en verdad resultan desconcertantes: 2,5 km. (Sodar de Vaulx); 5 km. (Guérin); 6 km. en línea recta y 9 por carretera (Kopp); 6,5 km. (Encicl. Judaica); 7,5 (F. Díez); 8 km. (E. Hoade); etc., distancias que, por lo demás, no concuerdan exactamente con la que puede obtenerse hoy día con un curvímeter aplicado al mapa topográfico.

La obra, dividida en tres partes, analiza las fuentes bíblicas (I, pp. 17-22), literarias y geográficas (II, pp. 23-128) y los datos arqueológicos (III, pp. 129-134). El mayor espacio, el de las fuentes, estudia los testimonios antiguos, hasta el período bizantino (Flavio Josefo, Eusebio, Sta. Paula, Jerónimo, Teodosio, y el Anónimo viajero de Piacenza del 560-594); los testimonios árabes (primer período, de los años 636-1099); el período de los Cruzados (años 1099-1291); el segundo período árabe o mameluco (años 1291-1517); y, por último, el período otomano, que el autor analiza en dos partes: antes de Francesco Quaresmio (años 1517-1626/39) y a partir de éste hasta Henry Maundrell (año 1697). Una excelente recopilación de fuentes, en que sobresalen los itinerarios y descripciones de peregrinos tanto occidentales, desde Sta. Paula (386) a Maundrell (1697), como orientales, desde Epifanio (s. IX) al ruso Basilio (1465); tanto judías, de Benjamín de Tudela (1160) al Anónimo “Los Sepulcros de los Justos” (1561), como musulmanas, de Khosrau (1047) a Sahin ad-Dahiri (1467). El estudio tiene en cuenta también las fuentes documentales, como son el cartulario de la Orden Hospitalaria de San Juan y otros documentos del período otomano, así como las fuentes cartográficas (desde el s. XII en adelante).

El abundante material de fuentes y especialmente su examen crítico hacen de esta obra un estudio de valor, que marcará un hito importante en la investigación sobre la localización de Caná de Galilea. A esto hay que añadir el buen atino en la valoración de la abundante bibliografía de los últimos cien años (cf. pp. 3-9), entre la que se encuentran autorizadas y valiosas aportaciones difíciles a veces de sopesar.

La conclusión del autor es breve, pero contundente (pp. 137-138): el análisis de las fuentes aporta datos tan claros que “se impone por sí misma la conclusión de que la única Caná de Galilea que ha existido desde el nacimiento del cristianismo se localiza en la pequeña colina de Kh. Qana, en el Sahel el-Battof”. La errónea tradición actual en Kafr Kanna se debe a diferentes factores, “entre los cuales no es el más pequeño las limitaciones de la arqueología, en sentido amplio, o de la historiografía del siglo XVII ni la siempre difícil situación social en la que debe sobrevivir el cristianismo en Tierra Santa”.

Con todo, y debe quedar muy claro, el autor advierte que su estudio no pretende demostrar que la gruta de Kh. Qana es *el lugar mismo* en que Jesús realizó su primer milagro, “sino afirmar que el lugar que, invariablemente, la tradición cristiana de mil seiscientos años veneró como Caná de Galilea es la actual Kh. Qana”. Una conclusión inesperada para el autor, y que, a pesar suyo, desacredita, quiera o no, la tradición que desde hace más de tres siglos y medio vige en la actualidad.

A. URBÁN